



## Inmigración y desarrollo: el caso africano

**H**emos entrado en la edad de las migraciones internacionales, que forman parte de la globalización de la que son a la vez causa y efecto, por los flujos económicos, culturales y de personas que le acompañan o que generan. Prueba de ello, es que hemos pasado a escala del planeta de 120 millones de inmigrantes en 1990 a 200 millones en la actualidad. Este fenómeno no se frena; todo lo contrario, pues se prevé que haya unos 250 millones de inmigrantes en 2050. Estamos ante un fenómeno estructural que no se reducirá con la inmigración «selectiva», ni con el aumento de la ayuda al desarrollo, ni la ayuda al retorno, ni el codesarrollo, concebido como una estrategia destinada a favorecer el retorno de los inmigrantes o de disuasión de nuevos candidatos a la emigración, por encontrarse el Sur excluido desde hace varias décadas del desarrollo económico y social y por la imposibilidad de la mayoría de los habitantes de esta parte del mundo de satisfacer sus necesidades básicas.

El codesarrollo, en el sentido que lo define Sami Nair (2007: 197-218), debe poner las migraciones en el centro de la solidaridad o de la cooperación Norte-Sur y al servicio de los países de origen mediante la implicación de los inmigrantes en las estrategias de desarrollo desde abajo, fomentando y orientando sus ahorros hacia las actividades productivas, y, por lo tanto, facilitando su libre circulación para realizar sus objetivos. Es decir, una inmigración «compartida» con beneficios tanto para los países receptores como para los países emisores, y no una inmigración «selectiva o elegida» basada en los únicos intereses de los primeros, tal y como lo están llevando a cabo algunos gobiernos conservadores europeos y como se ha podido comprobar en algunas propuestas durante la reciente campaña electoral en España, en la que la inmigración estuvo en el centro de los debates. De ahí la necesidad, según el autor mencionado, de definir con claridad el contenido de la política de codesarrollo, para evitar su recuperación errónea que insiste en el retorno obligatorio de los inmigrantes a sus países y con fines contrarios al desarrollo y a los intereses de los inmigrantes.

La inmigración abarca todas las regiones del mundo y todas las categorías sociales, creando una situación de interdependencia entre migraciones, desarrollo y rela-

---

ciones internacionales en este espacio globalizado cada vez más anacrónico, y cuestionando el propio concepto de Estado-nación con fronteras cerradas y una población homogénea (Wihtol de Wenden, 2005: 4).

En efecto, migración y desarrollo se nutren mutuamente, y las sociedades del mañana serán más multiétnicas y pluriculturales por la fuerte presencia de las diásporas y sus actividades socioculturales, y por los actuales flujos sociales más allá de las fronteras nacionales, pese a la tendencia de lo que se viene llamando la «glocalización» –neologismo creado para expresar la globalización que se acompaña de un proceso de fuerte localización o la compenetración de aspectos global y local–, creando nuevos espacios o redes sociales transnacionales informativos, financieros y humanos más allá de los Estados-nación o de la soberanía nacional.

Estos flujos migratorios vienen dictados por las desigualdades económicas o de nivel de vida, de situaciones demográficas y democráticas y las inestabilidades políticas que proliferan en el mundo, junto a la globalización económica y la revolución de los medios de comunicación –transportes aéreos, móviles, internet–. Es el efecto de *push-pull* recalcado por las teorías clásicas de las migraciones que consideran que «si el desarrollo económico local no marcha al compás del crecimiento poblacional, se presupone que las personas de los países menos desarrollados se dirigirán hacia los países con un nivel de desarrollo más avanzado» (Sorensen, 2005: 166). Es decir, la desigualdad demográfica y económica, así como la demanda de mano de obra y el alto nivel de salarios que atraen a los ciudadanos de países pobres emisores hacia los países más desarrollados. Es preciso subrayar también, y sobre todo, los factores sociales, familiares, culturales o políticos más allá de las únicas motivaciones económicas en las que se fundamenta aquella teoría.

Es en este contexto global en el que se inserta la inmigración subsahariana, objeto del presente análisis, inmigración que tiene la peculiaridad de que los inmigrantes de esta parte del mundo sufran una doble exclusión tanto de los países receptores o de llegada como de los países emisores o de origen, pese a contribuir a la prosperidad económica de ambos grupos de países. En los primeros, donde trabajan, contribuyen a la construcción de la economía, y en los segundos, partes importantes de la población viven de sus envíos de dinero o remesas que, en algunos casos, constituyen la principal fuente de entrada de divisas. Por eso, Sami Naïr habla de una verdadera oportunidad que constituye la inmigración tanto para los países emisores como para los países receptores.

De ahí la necesidad de encontrar salidas a este fenómeno o a la situación dramática de inmigrantes subsaharianos, empezado por la identificación de las causas que lo alimentan, sus características y manifestaciones, con las consiguientes responsabilidades y soluciones realistas, alejadas de los extremos que son la «migración ce-

---

ro» y la «apertura total»: cerrar o abrir una de las puertas de la emigración/inmigración.

## ■ Las causas de la emigración africana

La historia del continente, según puntualiza Sylvie Brunel (2004: 202), siempre ha sido la de las movilidades que jugaron un papel fundamental en los contactos, el desarrollo y la difusión de la información en las sociedades precoloniales. África ha sido y sigue siendo el continente de las migraciones: desplazamientos de los pueblos ganaderos en función de estaciones, a la búsqueda de pastos y de agua, desplazamientos de aldeas a la búsqueda de tierras fértiles para escapar o huir de fenómenos considerados como maldiciones –muertes misteriosas, epidemias, malas cosechas recurrentes...–, la migración de los pueblos bantúes hace 3000 años a.C. para colonizar el África Central y el África Austral, siguiendo a los factores geográficos y climáticos, huida ante la penetración del Islam después de las razzias esclavistas. Es decir, una historia de movilidades y de nomadismo arraigada en la propia tradición africana, dictados por la necesidad de independizarse tras el proceso de iniciación, la búsqueda del trabajo para reunir la dote y contraer un matrimonio exogámico.

La colonización europea también favoreció, en opinión de la autora mencionada, esta cultura de nomadismo con su política de reclutamiento de la mano de obra para las minas y los cultivos de exportación y con el desplazamiento y agrupación de poblaciones, para mejor controlarlas y administrarlas, junto a las irracionales políticas poscoloniales de desarrollo, mayormente responsables del éxodo rural, al descuidar las zonas rurales y la agricultura en favor de las ciudades y de la industria.

Sin embargo, en las tres últimas décadas, circunstancias fortuitas tales como las sequías, la desertificación y la deforestación, y las guerras que azotan el continente, se han convertido en poderosos factores de migraciones internas. Las sequías asfixian a los ganaderos y les expulsan hacia las ciudades, a la búsqueda de medios de subsistencia. De igual modo, las guerras del África Central (Grandes Lagos) y del África Occidental (región del río Mano) han convertido a países como Angola, República Democrática del Congo (RDC), Sudán, Ruanda, Congo-Brazzaville, Liberia, Sierra Leona y Costa de Marfil en exportadores de refugiados y emigrantes hacia los países vecinos u otras regiones del continente. Son, pues, factores económicos, sociales, culturales y políticos interrelacionados los que conducen a los africanos a abandonar sus países de origen.

Es preciso subrayar también la concentración de factores de atracción (*pull*) en Europa, presentada como un «paraíso terrenal» a los desheredados africanos, y los

---

de repulsión y expulsión (*push*) en África, convertida en la cantera de la migración internacional. Los desequilibrios económicos y las diferencias de logros económicos entre Europa y África, resultados de mecanismos y estructuras internacionales de explotación, convierten el continente en un infierno con la consecuente huida de los oprimidos hacia Europa, considerada como el continente de las riquezas.

En este contexto, la emigración hacia Europa forma parte de la racionalidad más elemental, para huir de la miseria, la violencia y la persecución. Es decir, la exportación de la mano de obra africana se ha convertido en la única manera para reducir las diferencias en los aspectos de las riquezas, de la libertad y de los derechos humanos entre ambos continentes.

Los conflictos internos constituyen poderosos factores de la emigración como en los casos del Darfur, Angola, Ruanda, Burundi, República Democrática del Congo (RDC), Sierra Leona, donde existen cientos de miles de desplazados internos candidatos a la emigración. Tanto los gobiernos de estos países como los «señores de la guerra» crean una situación de incertidumbre o de inseguridad que obligan a los ciudadanos a emigrar.

Los gobiernos y los movimientos de guerrilla de los países africanos suelen destacar por la violación impune de las leyes nacionales e internacionales de protección de la infancia, condenando a las familias a elegir el doloroso camino de la emigración para proteger a sus menores o niños de las violencias y de las violaciones.

La emigración africana se explica, pues, por los factores naturales –la sequía, las epidemias y calamidades–, los factores económicos –la extrema pobreza de amplias capas de la población, la escasez o la precariedad como consecuencia de la desviación y confiscación de los recursos públicos por una minoría–, y los factores políticos –la ausencia de democracia, las guerras civiles, los conflictos interétnicos, la inestabilidad política, la represión militar o el terrorismo de Estado...– o la propia supervivencia de comunidades locales y los proyectos individuales y colectivos de consumo.

La lucha contra la migración ha de acompañarse de acciones concretas para erradicar estas fuentes internas de expulsión: las causas estructurales y las causas más directas con un impacto sobre las realidades locales que conducen a la migración.

---

### ■ **Las responsabilidades internas y externas**

Los 350 millones de pobres africanos, o sea, la mitad de la población del África subsahariana, seguirán siendo candidatos potenciales a la emigración hacia Europa,

---

---

por haber perdido económica y socialmente la década de los 80 y 90, y sin tener claras perspectivas en la de los 2000, por la persistencia e incluso el empeoramiento de los factores arriba diagnosticados. Las responsabilidades de la persistencia de esta situación son internas y externas.

Los movimientos migratorios les vienen bien a los dirigentes africanos, que los utilizan para presionar a Europa para que aumente su ayuda al desarrollo, aprovechando las circunstancias actuales favorables a esta tendencia, para reanudar sus prácticas clientelares y de distribución de prebendas en las que fundamentaron sus legitimidades.

Como ya habíamos puesto de manifiesto en un análisis anterior (Kabunda, 2006: 27-28), los gobiernos africanos suelen desentenderse de los problemas de emigración y no tienen una política claramente definida de reinserción de los inmigrantes por evidentes razones políticas, económicas y sociales internas.

En definitiva, en el África subsahariana se produce un incremento de las migraciones por las crisis sociales, políticas y económicas a manos de la modernización no dominada, el poco interés de los poderes establecidos por el bienestar de los ciudadanos, concentrándose en este continente las enfermedades endémicas, la escasez de infraestructuras, el autoritarismo y los conflictos armados, junto a la descomposición de los estados (Naïr, 2007: 30). El Estado africano, incapacitado tanto en lo internacional como en lo interno –la gestión catastrófica del Estado o su propia desaparición–, ha perdido la casi totalidad de su papel en la regulación de los flujos migratorios y se limita a contemplarlos de una manera pasiva, por falta de medios o por falta de voluntad política. Por lo tanto, hacen pocos intentos para controlar los flujos migratorios dentro del propio continente y hacia el Norte.

Nunca los estados emisores se preocupan del retorno de los inmigrantes ni tampoco preparan su reinserción en el caso en el que decidieran regresar. Al contrario, no desean este regreso, por ser este colectivo el más informado sobre sus derechos y que podría perturbar la relativa paz social interna, mantenida mediante la represión y disuasión de las clases obreras. Triste realidad a la que está sometida la juventud africana, a la que, según denuncia Boisbourvier (2006: 68), se deja solo una alternativa: elegir entre el exilio y el *kalashnikov*.

El no respeto de los derechos humanos en los países emisores debilita aún más a los inmigrantes en los países de inmigración. Prueba de ello es que las embajadas y los consulados de estos países no suelen preocuparse de la defensa de los derechos de sus conciudadanos. Es la prolongación en el exterior de la política interna en que las autoridades suelen someter a los ciudadanos a una serie de trabas administrativas contra cualquier actividad productiva o iniciativa individual. Lo que genera

---

una situación de total indefensión, que caracteriza la vida de los inmigrantes, que se encuentran entre la hostilidad o el rechazo de los países receptores y la indiferencia o el abandono de los países emisores.

### ■ **Las responsabilidades del sistema internacional**

Las estructuras y los mecanismos del sistema internacional tienen una clara responsabilidad en la emigración de los africanos a través de las políticas macroeconómicas –los programas de ajuste estructural– del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional que, al imponer a los gobiernos los deberes externos en detrimento de los internos –ajustes estructurales, condicionalidades de la ayuda, liberalismo asimétrico con las subvenciones agrícolas que arruinan al campesinado africano–, han quitado a los estados locales todas las funciones económicas y sociales para solo fortalecer las de gendarme o de represión. Es decir, el debilitamiento del sector público con el principio del adelgazamiento del Estado, cuyo papel se deslegitima como factor de desarrollo en el marco del liberalismo selectivo impuesto por el Norte y aquellas instituciones. Todo lo que sale del suelo y del subsuelo africano está destinado a la exportación, dejando insatisfechas las necesidades locales. Dicho de otra manera, se da prioridad a los mercados externos en detrimento de los mercados internos.

El resultado es la pauperización de amplias capas de la población, el descuido de los aspectos de desarrollo humano –educación, sanidad y formación– y la extensión de la pandemia del sida, consagrando el derecho a la muerte de los africanos que no pueden tener acceso a los fármacos o a los medicamentos genéricos antisida. Ello equivale a la violación del derecho al desarrollo y a la vida de los africanos. Es decir, la no asistencia a personas en peligro. Las consecuencias económicas y sociales del sida, con 25,4 millones de seropositivos –el 60% de personas infectadas en el mundo–, seguirán teniendo graves y nefastas repercusiones en el desarrollo del continente en las décadas venideras. Por lo tanto, el continente se ha convertido en un infierno del que huyen los ciudadanos («efecto huida»).

En uno u otro sentido, se ha equivocado de camino en el trato del fenómeno de la inmigración, al perder de vista que dicho fenómeno viene dictado esencialmente por factores de orden económico, que no han resuelto ni las políticas de desarrollo impuestas a los gobiernos y pueblos africanos, basadas en el modelo de industrialización occidental y la mayor apertura externa, ni la ineficiente cooperación o ayuda al desarrollo, a causa de la adversidad de los mecanismos y estructuras del sistema internacional concebidos por y para los países ricos.

En el mismo orden de ideas, Sassen (2002: 11-12) subraya que no se puede atri-

---

---

buir exclusivamente la inmigración a la huida espontánea de las masas de la pobreza hacia la riqueza, sino también, y sobre todo, a las políticas concebidas y realizadas desde el exterior o los países desarrollados, en el tiempo y en el espacio, y que convierten la emigración en una de las opciones de supervivencia de las poblaciones, tales como las prácticas de las empresas multinacionales que en su afán de internacionalización de la producción arruinan a los pequeños productores locales además de favorecer la movilidad de mano de obra y la extroversión de las economías locales. También destaca las operaciones e intervenciones militares a manos de los gobiernos con su cohorte de desplazados, refugiados, el ajuste privatizador de las instituciones financieras internacionales que obligan a los pobres a utilizar la emigración como estrategia de supervivencia, y el liberalismo comercial y económico que implica la libre circulación o la importación de la mano de obra especializada.

### ■ **El desarrollo de sus países o regiones de origen**

Los inmigrantes africanos, en su mayoría sin papeles o indocumentados, trabajan, esencialmente, en la construcción, los servicios y la hostelería en los países europeos de acogida. A pesar de sus modestos sueldos, envían entre 2,5 y 3 millones de euros cada año a sus regiones de origen –este monto se refiere a la zona de Kayes, en el occidente de Malí– financiando la construcción de pozos de agua, de carreteras, escuelas, mezquitas, dispensarios (Pourtier, 2001: 238 & Brunel, 2004: 205). Estas actividades tienen importantes resultados en los aspectos de desarrollo humano. Además, las remesas de la diáspora sustentan la vida en algunas regiones, como en la mencionada zona de Kayes o en el valle del río Senegal.

En un contexto en el que los estados africanos siguen con su política de retirada neoliberal, asumiendo el lema de «menos Estado decidido por el propio Estado», las asociaciones de inmigrantes, con la transferencia de sus recursos acumulados en la inmigración a través de las cajas de ahorro colectivo o *tontinas*, contribuyen al desarrollo del valle del río Senegal y al crecimiento de las pequeñas ciudades de la zona.

Pero estas dinámicas asociativas son frágiles, al no conseguir la elaboración de proyectos de desarrollo integrados en los aspectos de sanidad, educación y agricultura. La participación de los inmigrantes es ante todo financiera y los trabajos de interés colectivo pierden cada vez más interés, en parte por la aparición de obstáculos, de rivalidades, de luchas de poder y de conflictos intergeneracionales, género, etnia y estatus social, comprometiendo la propia idea de desarrollo autocentrado.

Además, el lado negativo estriba en el fomento en la zona de una cierta «mentalidad de asistidos» y en favorecer la cultura de migraciones en la población, pues se

---

sigue equiparando la migración con la riqueza y el prestigio, con el subsiguiente fortalecimiento de la dependencia y el espíritu rentista que, en la opinión de Bernard (2002: 43), pueden asfixiar al propio desarrollo.

Lo positivo es que la experiencia adquirida por los inmigrantes africanos en el trabajo asalariado, en las luchas sindicales y políticas, en los centros urbanos y en los estudios superiores en Europa ha permitido a unos tener una mirada crítica sobre la economía familiar tradicional, pensar en otro modo de producción, mejorar sus capacidades de organización y de persuasión políticas. Es decir, se han convertido en agentes del cambio social y del desarrollo. Es aquí donde tiene sentido la idea del *codéveloppement*, no como una estrategia más de control y gestión restrictiva de flujos migratorios o para favorecer el retorno de los inmigrantes / emigrantes a sus países de origen, sino como una nueva forma de «inmigración razonable» y de cooperación Norte-Sur centrada en el desarrollo humano y basada en la horizontalidad y la corresponsabilidad –enriquecimiento recíproco y beneficios mutuos–. Es decir, la vinculación positiva entre migraciones y desarrollo, convirtiéndolo en un instrumento de desarrollo de los países africanos y haciendo de los inmigrantes los agentes de la cooperación al desarrollo, pues en muchos casos sus remesas son superiores a la ayuda al desarrollo que sus países reciben de los países desarrollados (Banco Mundial, 1998) o a las exportaciones de productos básicos minerales o agrícolas y los ingresos procedentes del turismo. Es la única manera de compensar su contribución al desarrollo del Norte con su trabajo. Es decir, una oportunidad tanto para los países emisores, que pueden equiparse y mejorar sus infraestructuras con los fondos de los inmigrantes, como para los países receptores. En este último caso, como demuestran los estudios de Miguel Sebastián (*Le Monde* de 1 de septiembre, del 1 y 2 de octubre y del 21 de noviembre de 2006), la inmigración es uno de los motores de la economía española desde 1995, permitiendo el crecimiento promedio del nivel de vida en el 2,6% en la última década, que de lo contrario hubiera bajado el 0,6%.

Es verdad, según recalca Dewitte (2002: 108), que esta estrategia de apoyo de los poderes públicos de los países receptores a las asociaciones de los inmigrantes para financiar los proyectos de desarrollo en los países emisores tiene un impacto insignificante al limitarse a la ayuda al desarrollo de la que no se benefician las poblaciones más desfavorecidas. Es también verdad que otros, interesados más en preparar su jubilación, consideran su tierra o país de origen como un lugar de repliegue, y se limitan a invertir en los proyectos sociales individuales –compra de bienes de consumo para los familiares o de la tierra– o en la vivienda –inversión en los bienes inmuebles–, sin generar empleos y actividades económicas productivas. Es decir, raras veces generan nuevas aportaciones fundamentales para el desarrollo económico.

En el caso de la RDC, un país devastado por varias décadas de mala gestión, de dictaduras y de guerras que han consagrado la desaparición de hecho del Estado,

---



---

muchos congoleños huyen de la tremenda crisis económica y del paro generalizado –el 96% de la población activa no dispone de empleo–, para emigrar tanto hacia los países del Norte (Bélgica, Francia y Estados Unidos, Canadá, Alemania, Luxemburgo, Suiza, Reino Unido) como del Sur (países del Golfo, Asia, Suráfrica, Senegal, Nigeria, Camerún, Costa de Marfil, Togo).

Integrados por estudiantes, universitarios, profesionales altamente cualificados, hombres de negocio, exiliados así como delincuentes e indocumentados y otros *sapeurs* (de SAPE –*Société des ambianceurs et des personnes élégantes*– o asociación de jóvenes elegantes y a la moda), los inmigrantes congoleños, estimados entre 3 y 4 millones de personas, destacan, en el marco de la tradición de solidaridad y de asistencia mutua, por el envío al país de grandes cantidades de dinero –4.800 millones de dólares en 2003 excluyendo los montos enviados por las vías informales– y otros bienes, y que permiten a sus familiares o a los más desfavorecidos sobrevivir, asumiendo de este modo la función de seguridad social ausente.

Con estas inyecciones de divisas en el circuito económico congoleño, los inmigrantes financian en más del 50% los transportes públicos urbanos, el pago de la matrícula de los niños y de los estudiantes, la satisfacción de las necesidades básicas de los familiares, convirtiéndose de este modo en verdaderos socios financieros y económicos de la RDC (Panu-Mbendele, 2005: 20). Desgraciadamente, las trabas administrativas por parte de los poderes públicos y el desorden organizado les impiden invertir en los proyectos de desarrollo.

De hecho, muchos de los inmigrantes de este país, si exceptuamos el caso de la Federación de los Congoleños en el Extranjero (FCE), destacan porque no forman parte de asociaciones destinadas a la financiación de proyectos colectivos de desarrollo o de inversiones productivas, limitándose solo al envío de fondos para la supervivencia de los suyos y a los gastos improductivos. Además, según manifiestan muchos analistas del fenómeno (MacGaffey, 1991; MacGaffey & Bazenguissa-Ganga, 19998 y 2000; Dangoulou, 1989), los jóvenes inmigrantes congoleños o los *sapeurs*, al contrario de sus equivalentes malienses y senegaleses socializados y organizados en torno a las cofradías –caso de los muridas senegaleses– y asociaciones de canteranos o aldeanos, suelen adoptar comportamientos individualistas y utilizan a menudo la inmigración como un instrumento de acceso al estatus de adulto –valentía y éxito personales–, en sustitución de la iniciación tradicional. Es decir, estrategias de supervivencia personales y de «inversiones en el capital social de relaciones», estrategias basadas en el envío de dinero a sus familiares, por solidaridad o para mejorar su imagen o estatus personal, en el mantenimiento de las relaciones con los suyos y en el pago de las matrículas para la escolarización de los niños.

De una manera global, salvo algunas excepciones, los inmigrantes participan con

---

---

sus organizaciones o federaciones a la solidaridad internacional (Ilion y Meknache Brumaza, 2004: 195), en particular a la cooperación y educación al desarrollo, mediante acciones de partenariado en favor de sus países de origen, y de integración cultural, económica, política y social con distintos grados conforme a las especificidades históricas y actuales de los países receptores o según se trate de antiguos o nuevos países de inmigración. Es decir, integración aquí y desarrollo allí, pero, según puntualiza Barou (2007: 70), muchos países africanos no han entrado, o apenas, en la fase de rentabilizar los fondos enviados por los emigrantes hacia los sectores susceptibles de favorecer el desarrollo como consecuencia de la mala organización del Estado, la corrupción, las prácticas depredadoras, la excesiva dependencia de las remesas por los familiares que no suelen invertir en las actividades productivas, pues dependen de aquellas para su supervivencia diaria, junto a la exclusión social de la que son víctimas muchos inmigrantes africanos en los países de acogida.

---

### ■ El fenómeno de la fuga de cerebros

---

Lo que se viene llamando, según las distintas terminologías consagradas, la migración elitista, el éxodo de cerebros, la huida de competencias, la huida del saber, el éxodo de intelectuales, la fuga de cerebros, o sea la pérdida del capital intelectual africano, suele tener dos principales lecturas. Unos insisten en su impacto negativo en el desarrollo del continente, por constituir una importante pérdida económica y social o el éxodo de la mano de obra cualificada de la que los países africanos necesitan para su desarrollo autónomo y duradero –debilitamiento de las capacidades administrativas, institucionales, económicas y sociales básicas–, y por constituir un instrumento de profundización de las desigualdades de desarrollo Norte-Sur, además de no contribuir este colectivo al envío de divisas a los países de origen por haber decidido instalarse de una manera estable en los países de acogida, convirtiéndose en consumidores y contribuyentes y colocando sus ahorros en las instituciones financieras locales (véanse Zekri, 2002: 40; Khachani, 2004: 250-251 y Gourévitch, 2007: 281-282). Otros insisten en la libertad de circulación, en la que se inserta dicha fuga, y en las propias condiciones de expulsión (*push*) que existen en África por el deterioro sistemático de las condiciones de vida y la crónica inestabilidad política.

Dos tipos de soluciones suelen barajarse al respecto. La primera, experimentada por los países del sureste asiático, consiste en favorecer el retorno de estos cuadros, reproduciendo *in situ* las mismas condiciones de trabajo que disfrutaban en los países de acogida, para sacar provecho de la inversión hecha en estos cuadros, además de beneficiarse de la experiencia que han adquirido en los países receptores. La segunda, realizada en Colombia, reconoce el derecho al éxito individual, por lo tanto no

---

insiste en el retorno físico, sino en la exportación de los conocimientos por los científicos e intelectuales inmigrantes a sus países de origen, aprovechando las facilidades ofrecidas por las nuevas tecnologías de comunicaciones, pues muchos países emisores del Sur consideran la migración como un medio para acceder a la ciencia y la tecnología de los países desarrollados y para reducir las desigualdades de desarrollo con estos.

En el caso específico de África, se estima dicha fuga en unos 25.000 cuadros y profesionales que salen cada año del continente, atraídos por las mejores condiciones de vida y de sueldos en Europa. Para limitarse solo a un ejemplo, hay más científicos, ingenieros y otros cuadros africanos en Estados Unidos que en África (Letourneux & Zemmouri, 2005: 132). Es decir, en las palabras de estos autores, una verdadera «hemorragia cerebral» o lo que algunos califican del saqueo o de la «trata de cerebros». A partir de los datos de la Organización Internacional para las Migraciones, 100.000 titulados africanos, o sea la tercera parte de la mano de obra cualificada del continente trabajan en los países del Norte. El coste social y económico es tremendo para África. Según Augustine Oyowe (1996: 59-60), basándose en estudios de la Comisión Europea y de la OCDE, los países africanos exportan sus cerebros al tiempo que importan a altos costes a unos 1000.000 expertos internacionales, que cuestan unos 4.000 millones de dólares anuales en concepto de sueldos o el 35% de la ayuda pública al desarrollo anual destinada al continente.

Ha llegado la hora de pasar del *brain drain* al *brain gain*, antes de que esos profesionales se acomoden con sus vidas profesional y privada y se queden definitivamente en el Norte.

Sin embargo, se plantea aquí un problema fundamental: por una parte, por razones éticas, se exige la restitución al país de origen de este recurso humano del que es propietario y, por otra, se han concentrado en los países subsaharianos los factores de expulsión, que afectan en primer lugar a las elites. Además, el empeoramiento de las condiciones de existencia en los países de origen hace que su estancia en los países de acogida o destino se convierte en definitiva, pues muchos de estos cuadros ya han adquirido la nacionalidad de estos países y trabajan en las universidades del Norte, en las empresas multinacionales o ejercen funciones liberales.

En la opinión de Barou (2007: 73), la emigración puede convertirse en un poderoso factor de desarrollo en un mundo globalizado en el que nadie cuestiona las pertenencias –nacionales, personales, lingüísticas, confesionales o étnicas– a varios mundos, con la única condición de que los países emisores tengan los medios de reinsertar a sus ciudadanos cualificados y ofrecerles mejores condiciones de vida y de trabajo conforme a sus aspiraciones, como en los casos de China, India o Taiwán, que han ganado más de lo que han perdido con la fuga de cerebros.

---

De ahí la necesidad de identificar las causas de estas fugas de cerebros, sus características y las oportunas y eficientes soluciones.

### ■ Las causas y consecuencias de la fuga de cerebros

---

Globalmente, la exportación de competencias o la fuga de cerebros se explican por las razones siguientes, resumidas en torno a la inseguridad política y física (Ammor, 2002: 159-160):

- causas económicas: la búsqueda de mejores condiciones de trabajo, de sueldos y de oportunidades de promoción;
- causas políticas: la falta de seguridad, de libertad de expresión y de reconocimiento del mérito personal;
- causas científicas: la ausencia o escasez de estructuras científicas y de investigación en los países de origen. Es decir, las pocas inversiones en estos campos y la no utilización de las competencias.

Es preciso subrayar en este contexto la formación en el extranjero de estudiantes africanos como consecuencia del deterioro de la enseñanza en las universidades africanas desde la década de los 80, que coincide con la aplicación por los gobiernos de los planes de ajuste estructural. Muchos de estos estudiantes han sido formados principalmente en Estados Unidos por su política de becas y de visados flexible, y por dar prioridad a la formación de africanistas de primera fila para su política exterior. Según la Unesco, unos 30.000 africanos con doctorado trabajan en el extranjero y 25.000 becarios africanos, venidos a estudiar en los países de la UE, no regresaron a sus países de origen tras su formación.

Las causas generales que condujeron a la marcha de estos cuadros no han desaparecido, y en muchos casos han empeorado: sueldos irrisorios e irregularmente pagados, malas condiciones de trabajo, falta de libertades académicas y de perspectivas profesionales, excesivo y asfixiante control estatal, corrupción, guerras y nepotismo, crónicas inestabilidades y violencias políticas, persecución de opositores, pauperización de las clases medias.

Los regímenes democráticos que han sustituido a las dictaduras monopartidistas no han facilitado el retorno y la reinserción de los cuadros altamente cualificados de la diáspora. La única excusa es que los estados no disponen de medios para su inserción en el mercado de trabajo hoy saturado e inadecuado, mercado incapaz de incorporar los cuadros altamente cualificados, sobre todo en la educación y la sanidad (Pourtier, 2001: 240), perdiendo de vista que se trata de aspectos fundamentales para cualquier logro social y económico. Esta situación se explica por la crisis económica y los planes de ajuste estructural, que han quitado a los estados las fun-

---

ciones económicas y sociales. En este contexto, existe una fuerte tentación para estos cuadros de valorizar sus conocimientos donde más económicamente se necesita, en el Norte. A ello es preciso añadir los obstáculos a la libertad de circulación, sobre todo de la entrada en la UE una vez salida de ella, para los inmigrantes con familia en los países receptores, con el riesgo de perder las ventajas sociales, el sistema de seguridad y la educación para los niños, a menudo sin ningún vínculo con los países de origen.

En definitiva, las propias condiciones del subdesarrollo, de orden económico, político y social, o la acumulación de factores de expulsión, explican la fuga de cerebros, en particular las ineficientes estrategias de desarrollo, el desempleo endémico por la falta de coordinación entre la política educativa, la política del empleo y la política científica y tecnológica; los pocos fondos dedicados a la investigación –la ausencia de una comunidad científica activa–; la persistencia de una burocracia pesada que impone la censura y la autocensura a los investigadores; la incapacidad de la economía nacional de satisfacer las demandas y aspiraciones de los cuadros altamente cualificados o la ausencia de incentivos, junto a la inseguridad profesional en la carrera científica (Zekri, 2002: 38-39; Naji: 142-143). Es decir, la falta de perspectivas y de proyectos claros y viables en los países de origen y el sueño de un futuro mejor en los países de acogida, son los factores poderosos que explican la fuga de cerebros y de la juventud.

Por su parte, y acertadamente, el profesor Houtondji (2005: 47-48) atribuye la fuga de cerebros, en particular la de los investigadores y profesores, fuga que él califica de «turismo científico Sur-Norte», a la extraversion general de la actividad intelectual, científica y globalmente económica en África, donde se sigue considerando a Europa, donde está concentrada una parte de la comunidad científica internacional, como una oportunidad de empleo y de realización de aspiraciones personales, o lo que es lo mismo, la perspectiva de un futuro mejor. Según Houtondji, existe en el Sur en general, y en África en particular, una fuerte dependencia de los equipos de laboratorio, la documentación y los paradigmas científicos del centro del sistema, dependencia que crea en el investigador o el científico la obsesión de dirigirse hacia el público o el lector occidental, y que termina llevándole a la decisión de marcharse a Europa o Norteamérica al depender su contribución científica extrovertida de modelos teóricos y metodológicos, libros y artículos elaborados en estos centros. Por lo tanto, una de las soluciones consiste en «un cambio de rumbo en el modelo de relaciones internacionales actual hacia una mayor justicia social planetaria, que frene la tendencia a la concentración de la renta, el conocimiento y la tecnología» (Atienza Azcona, 2002: 72), además de favorecer la «movilidad de cerebros» ya instalados para que participen al desarrollo de sus países de origen.

En definitiva, muchos de los análisis recientes ponen de manifiesto los efectos ne-

---

---

gativos de la fuga de cerebros en el crecimiento de los países en desarrollo, sobre todo en los sectores como la salud y la educación con la marcha de médicos, enfermeros y profesores formados a partir de los presupuestos locales, es decir, la exportación de las productividades individuales con las consiguientes pérdidas sociales (Doquier y Marfouk, 2007: 9) al menos a corto plazo. Como demuestran algunas investigaciones recientes, a largo plazo los países emisores pueden sacar alguna u otra ventaja de dicho éxodo: encontrar una salida a la mano de obra cualificada excedentaria, reducir las tensiones sociales internas o conseguir el apoyo de las comunidades de los países receptores a las acciones de desarrollo local con la construcción de escuelas, dispensarios, cabinas telefónicas o redes de distribución de agua (Barou, 2007: 71-72).

### ■ Las adecuadas respuestas a la inmigración africana global

---

A raíz de lo anteriormente expuesto, se debe considerar el fenómeno migratorio como un derecho nacido de las propias leyes de la naturaleza o de la condición de persona del inmigrante, en particular la necesidad de supervivencia y la búsqueda de un mejor porvenir de los seres humanos. Está alimentado por las perversas prácticas oficiales y las injusticias institucionalizadas, nacionales e internacionales, responsables de la pobreza, subdesarrollo, hambrunas y persecución de los que huyen las víctimas. Es decir, está dictado por la supervivencia de los sujetos individuales o colectivos.

Ir a contra corriente de este objetivo, por acción u omisión, equivale a vulnerar los derechos humanos fundamentales y naturales o los derechos de los inmigrantes como seres humanos: el derecho a la satisfacción de las necesidades básicas o a la supervivencia; el derecho a buscar las mejores condiciones de vida; el derecho a la libre circulación y a conocer al mundo, y, por lo tanto, a descubrir los fallos personales y de los sistemas políticos de sus países de origen, etc. En pocas palabras, la violación de los derechos de la persona basados en la dignidad humana.

Puesto que los inmigrantes africanos huyen de la pobreza, el hambre y la persecución, como queda subrayado, la solución a la inmigración africana pasa por la ayuda a las economías africanas para superar sus estructuras coloniales y la mono-producción; es decir, conseguir su diversificación, y superar la dependencia con respecto a las materias primas, cuyas constantes fluctuaciones en el mercado internacional bloquean cualquier posibilidad de acumulación interna; la legalización de los inmigrantes africanos arraigados en los países de la Unión Europea; la comprensión y el trato más humano de la inmigración africana, que alivia en el continente la miseria de millones de seres humanos que, de lo contrario, serían candidatos a la inmigración.

---

Además de concebir una nueva forma de cooperación desinteresada, desde la sociedad civil y orientada hacia la justicia social, al margen de la asistencia clásica pasiva con efectos nocivos, puesto que ha arruinado a África, al igual que los demás países del Sur, que han pagado muy caro los proyectos de cooperación, ayudando de una manera involuntaria y gratis a Europa con la exportación de sus cerebros o cuadros, cuya formación costó mucho tiempo y dinero a los tesoros públicos locales, y la importación impuesta de cooperantes o «desarrolladores» europeos con altos sueldos.

Por otra parte, se ha de considerar la clandestinidad de los inmigrantes irregulares como una verdadera pérdida de talentos, por estar integrado este colectivo por hombres válidos, jóvenes y solteros en edad de producción y procreación. Se debe presentar a la opinión pública europea la inmigración no como un problema o «un riesgo para las identidades colectivas», sino como una «contribución al enriquecimiento de la cultura receptora» (Altamirano Rua, 2006: 204) o de las culturas locales en un contexto de interculturalismo, y a favor de las relaciones humanas y comerciales, máxime cuando millones de personas que viven hoy en Europa son de descendencia africana.

En definitiva, la única manera de impedir la emigración de los africanos pasa por la mejora de las condiciones de vida y la promoción de derechos humanos en el continente, para erradicar las raíces de la violencia estructural y física y de la miseria, que constituyen el caldo de cultivo de la emigración. En este continente se imponen cambios radicales por evolución y por revolución, empezando por la creación de condiciones para que la globalización, que ha generado una situación en la que hay muchos perdedores y muy pocos ganadores, esté al servicio de los intereses de los países africanos.

De todas maneras, según la acertada sugerencia de Barou (2001: 165-166), los países receptores han de ir más allá del mero control o cierre de sus fronteras y de las preocupaciones estrictamente económicas por la sencilla razón de que Europa en el pasado se benefició ampliamente de las migraciones a través de dos mecanismos: exportando a otros continentes el excedente de su población ante la escasez de recursos y llamando a la mano de obra extranjera cuando la necesitaba para mantener su crecimiento y prosperidad. Por lo tanto, es lógico que hoy los países enfrentados a las dificultades de la misma naturaleza utilicen los mismos procedimientos, además de contribuir los inmigrantes al mantenimiento de algunos sectores económicos europeos. La inmigración es parte de la formación y del desarrollo de la Unión Europea, y los países de la Europa del Sur deben en parte su crecimiento y desarrollo económico, social y cultural a la emigración de sus ciudadanos décadas anteriores.

---

## ■ Conclusión

Los movimientos migratorios vienen dictados por el desarrollo desigual entre Europa y África, es decir, por los grandes desequilibrios económicos, sociales, políticos, culturales y ecológicos en el mundo, o partiendo de la realidad geopolítica por las profundas desigualdades entre una «Europa rica y cada vez más vieja y una África joven y pobre» (Pourtier, 2005: 139) separadas solo por el Mediterráneo, o sea, los desequilibrios económicos y demográficos a escala planetaria. La solución global pasa por la reforma del sistema económico mundial. Es decir, la lucha contra la desigualdad, la precariedad y la exclusión generadas por la globalización y a favor de una mayor justicia social planetaria.

Estos flujos tienen globalmente efectos positivos en el Norte y dramáticos en el Sur. En el primer caso cabe mencionar: las aportaciones netas de capitales, de personal cualificado y de reactivación demográfica. En el segundo caso, es preciso subrayar la evasión de capitales, la pérdida de la mano de obra productiva y la fuga de cerebros.

Además de las soluciones anteriormente propuestas (Kabunda, 2006: 36-37), tanto a nivel global como a nivel local, ha llegado la hora de exigir que se dé en África prioridad a los hombres –personas–, a sus necesidades en los aspectos de la educación, de la sanidad y de las infraestructuras, y a la mejora de sus condiciones de vida, empezando por la creación de estados preocupados por el interés general y la promoción del bien público, estados capaces de garantizar la seguridad de sus ciudadanos y la estabilidad de las instituciones. Por lo tanto, se necesita una cooperación internacional a la vez exigente y desinteresada, para ayudar a los africanos a realizar estos cambios.

Queda claro que solo la creación de empleos, el buen reparto de ingresos a los niveles internacional y nacional, y la instauración de la seguridad en cada país africano pueden parar los flujos migratorios hacia Europa. Las legislaciones represivas, las medidas policiales o de expulsión no pueden contenerlos, pues frente a la pobreza y a la desesperanza en las que viven muchos africanos en el continente, no hay barreras para impedir la emigración, convertida en un proyecto de supervivencia. Las leyes no pueden impedir los movimientos migratorios humanos, sino un trato global, político, económico, e incluso social y cultural, que tome en cuenta los intereses de los migrantes, de los países de origen, de tránsito y de destino. Conciliar la lógica de la necesidad económica de esta mano de obra –necesidades de los empresarios– con la lógica política de rechazo o de «inmigración cero» e incluso «inmigración clandestina cero» –discurso demagogo e irrealista de los políticos con fines electorales.



---

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRONO RUA T. (2006): *Remesas y nueva «fuga de cerebros». Impactos transnacionales*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial 2006, Lima.
- AMMOR F. (2002): «Circulation des compétences et nouvelle hiérchisation de l'espace globalisé», *La Migration sud-Nord: La Problématique de l'Exode des Compétences* (Actas del Coloquio organizado en la Facultad de Derecho-Agdal), Rabat, 27-28 de abril de 2001, L'Association Marocaine d'Études et de Recherches sur les Migrations, Salé.
- ATIENZA AZCONA J. (2005): «La crisis del desarrollo y las migraciones», *La migración: un camino entre el desarrollo y la cooperación* (coord: Nieves Zúñiga García-Falces), CIP-FUHEM, Madrid.
- BLION R. y MEKNACHE BOUMAZA N. (coords) (2004): *Europes des migrations / Europe de développement*, Institut Panos-Karthala, París.
- BAROU J. (2001): *Europe, terre d'immigration. Flux migratoires et intégration*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble.
- BAROU J. (2007): *La Planète des migrants. Circulations migratoires et constitution de diasporas à l'aube du XXI siècle*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble.
- BERNARD P. (2004): *Immigration: le défi mondial*, Gallimard, París, 2002.
- BOISBOUVIER C.: «Le kalashnikov ou l'exil», *L'état de l'Afrique 2006*, Jeune Afrique l'Intelligent hors-série n° 12, París.
- BRUNEL S. (2004): *L'Afrique. Un continent en réserve du développement*, Bréal, Rosny-sous-Bois.
- DANGOULOU J-D. (1989): *Le culte de l'élégance dans la société congolaise contemporaine*, L'Harmattan, París.
- DEWITTE P. (2002): «Les migrations internationales concernent essentiellement les pays du Sud, mais la pression s'accroît vers ceux du Nord», *Le nouvel état du monde* (dir.: Serge Cordellier), La Découverte, París.
- DOQUIER F. y MARFOUK A. (2007): «La fuite des cerveaux entrave-t-elle la croissance européenne?», en *Problèmes économiques* n° 2914, La documentation Française, París.
- DUMONT G-F. (2004a): «L'Afrique et les migrations internationales», *L'Afrique en dissertations corrigées et dossiers* (dir.: Gabriel Wackermann), Ellipses, París.
- DUMONT G-F. (2004b): «La population de l'Afrique», *L'Afrique en questions* (dir: Anne-Marie Frérot), Ellipses, París.
- GOUREVITCH J-P. (2007): *Les migrations en Europe. Les réalités du présent, les défis du futur*, Acropole, Saint-Amand-Montrond.
- HOUTONDI P. (2005): «Le savoir mondialisé: déséquilibres et enjeux actuels», *Mondialisation, cultures et développement* (dir: Isidore Ndaywel e Nziem et Julien Kilanga Musinde), Maisonneuve et Larose, París.
- KABUNDA M. (2006), «La inmigración africana, revisada», *Nova Africa* n° 18, Centre d'Estudis Africans, Barcelona, enero.
- KHACHANI M. (2004) «La citoyenneté à l'épreuve de l'apport de la migration aux économies d'accueil», *Migration et citoyenneté* (Actas del Coloquio internacional organizado por la Facultad de Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales de Rabat-Agdal, 25-26 de abril de 2003), Association Marocaine d'Études et de Recherches sur les Migrations, Salé.
-

- 
- LETOURNEUX F. & ZEMMOURI T. (2005): «Migrations: la tentation du Nord», *L'état de l'Afrique 2005*, Jeune Afrique l'Intelligent hors-série n° 8, Paris.
- MACGAFFEY J. & BAZENGUISSA-GANGA R. (2000): *Congo-Paris. Transnational Traders on the Margins of the Law*, James Currey, Oxford.
- MACGAFFEY J. (ed) (1991): *The Real Economy of Zaire. The Contribution of Smuggling and other Unofficial Activities to National Wealth*, James Currey, Londres.
- MACGAFFEY J. y BAZENGUISSA R. (1998): «Réseaux personnels et commerce transfrontaliers: les migrants zaïrois et congolais », en *Régionalisation, mondialisation et fragmentation en Afrique subsaharienne* (dir : Daniel C. Bach), Karthala, Paris.
- MBENDELE PANU C. (2005): «Discours d'ouverture», en *La transition en République Démocratique du Congo: bilan, enjeux et perspectives* (dir: Mwayila Tshiyembe), L'Harmattan, Paris.
- NAIR S. (2007): *L'immigration est une chance. Entre la peur et la raison*, Seuil, Paris.
- OYOWE A. (1996): «La fuite des cerveaux: des années d'investissement perdues pour les pays en développement», *Le Courrier ACP-UE*, n° 159, septembre-octobre, Bruselas.
- POURTIER R. (2001): *Afriques noires*, Hachette, Paris, 2001.
- POURTIER R. (2005): «Voyage en 'Eurafrique': l'ambiguïté d'une relation complexe», *Mondialisation, cultures et développement* (dir: Isidore Ndaywel e Nziem y Julien Kilanga Musinde), Maisonneuve et Larose, Paris.
- SASSEN S. (2002): «Les migrations ne surgissent pas du néant», *Manière de voir* n° 62, *Histoire(s) d'immigration*, Paris, marzo-abril.
- SORENSEN N.N. (2005): «Migración, género y desarrollo: el caso dominicano», *La migración: un camino entre el desarrollo y la cooperación* (coord: Nieves Zúñiga García-Falces), CIP-FUHEM, Madrid.
- WIHTOL DE WENDEN C. (2005): *Atlas des migrations dans le monde*, Autrement, Paris.
- ZEKRI A. (2002): «Emigration des compétences Sud-Nord: Quel impact sur les pays du Sud», *La Migration Sud-Nord: La Problématique de l'Exode des Compétences* (Actas del coloquio organizado en la Facultad de Derecho-Agdal, Rabat, 27-28 de abril de 2001), L'Association Marocaine d'Etudes et de Recherches sur les Migrations, Salé.
-